

EXCELSIOR

Entrevista con Jorge Luis Borges

(Primera de Tres Partes)

Charla en la Salita del Escritor, en Buenos Aires ★ Le Preocupa su Madre Centenaria ★ Sueña con Extraños Laberintos

Por GIANGIACOMO FOA

El autor dialogó durante varias jornadas de trabajo con el destacado autor argentino, en el domicilio de éste. Los pasajes fundamentales de la conversación han sido volcados en este trabajo, dividido en tres partes, de las cuales se transmite a continuación la primera.

BUENOS AIRES, julio de 1975—Son diez de la mañana cuando tocó el timbre del sexto piso, en calle Maipú y Charcas, donde desde hace muchos años el escritor vive, Borges, aún despeinado, sin saco —todavía no le han hecho el moño de la corbata— está atendiendo un llamado telefónico. Finalmente la mucama concluye su tarea de cada mañana, y el escritor me invita a sentarme. Lo hacemos en un rincón de la salita, rodeados por muebles victorianos, y por infinidad de libros, la mayoría de ellos en inglés.

Borges no puede ocultar cierto desasosiego. Un grito agudo, un lamento profundo, me sobresalta. "Es mi madre —dice Borges—. Está muy mal, pobrecita. Tiene 99 años y desde hace meses quedó parálitica. Sufre mucho... Cuando recobra el sentido emite prolongados gritos de dolor. Quiere morir y yo sé que es lo mejor para ella... Pero, ¿cómo puedo desear su muerte?"

Estoy frente a Jorge Luis Borges. Frente a las dudas existenciales, tan comunes a sus relatos, y frente a un particular y doloroso momento: sabe que el calvario de su madre centenaria tiene sólo un final: la muerte. Lo sabe, lo entiende, lo razona... Pero no lo quiere. Doña Leonor Acevedo fue durante más de medio siglo quizá la figura principal de la familia Borges, reconocida en los altos ambientes sociales argentinos. El mismo escritor recordaría luego: "Hasta que obtuve un premio internacional tan sólo fui el hijo de Leonor Acevedo". Luego, con el tiempo claro, la pequeña mujer, siempre elegantemente vestida, fue adquiriendo una imagen que trascendió el círculo de sus amistades: era "la madre de Borges", la "anciana que acompañaba décadas atrás al escritor casi ciego". "Sólo me separé de ella durante tres años: los de mi frustrado matrimonio". Explicaría Borges: "¿Cómo voy a dejarla

ahora?". Y tal vez, sus palabras esconden algo de su última obra, "El Libro de Arena", aparecido apenas unas pocas semanas atrás, donde una vez más el autor prosigue, con tenaz empeño, la búsqueda de unos pocos "fundamentales": el tiempo, el infinito, la eternidad, el carácter ilusorio de la realidad, elementos inagotables de su imaginación.

Uno de los relatos del libro "Utopía de un Hombre Cansado" imagina a un habitante del futuro, quien en cierto momento dice: "Después de los cien años el individuo puede prescindir del amor y de la amistad. Cuando quiere, se suicida. El hombre, dueño de su vida, lo es también de su muerte". El cuento concluye cuando el hombre del futuro, por propia decisión, ingresa en un crematorio, mientras alguien comenta: "Lo inventó hace muchos años un filántropo cuyo nombre, si no me equivoco, era Adolfo Hitler".

Quiero hablar con Borges sobre ese relato. "Triste, ¿no es cierto?", comenta él. Pero no es posible. El escritor casi no ha dormido la noche anterior, por los gritos de la madre. Tiene 76 años. No quiere ahora intemar la construcción de nuevas utopías... pese a "estar cansado".

Una Triste Historia

LEGAN hasta nosotros los lamentos de la madre, Borges se levanta, luego se vuelve a sentar, y, como pensando en voz alta, dice: "Qué situación la mía, cuánta impotencia". En esa misma cama murió mi padre. Luego de mucho sufrimiento un día me dijo «si no fuera parálitico me pegaría un tiro, pero no puedo, ni puedo pedirte que me mates. Pero creo haber encontrado la solución».

"Desde ese día no ingirió alimentos ni medicina, ni permitió que se le aplicaran inyecciones. Tomaba unas gotas de agua sólo de vez en cuando. Falleció a los dos meses. Ahora me abandona mi madre, y yo ni puedo aliviarle su sufrimiento".

A través de "El Libro de Arenas" Borges ofrece su visión de la realidad, sin principio y sin fin, incomprensible y ab-

surda. El universo, nuestro planeta, la personalidad, las categorías, tienen la consistencia de la arena, que adopta formas y sugiere milagros. Las primeras cambian. Los segundos se desvanecen sin dejar más rastros que limaduras inaferrables y estériles. Así se cancela la consistencia del hombre y del universo.

"Los años no modifican nuestra esencia": dice un personaje, que asaltado súbitamente por la duda, agrega: "si es que tenemos alguna". Para otro personaje el universo puede ser muy bien una "broma cósmica". Y si el universo fuera una "broma cósmica", el hombre qué sería, ¿un "gag"? Sí, claro, el hombre sería un "gag".

Estamos frente a las mismas preguntas fundamentales. Frente a la desoladora visión "borgesiana" del hombre y su universo.

No sin fatiga. Borges dice:

"No tengo reglas estéticas. No me he propuesto demostrar nada con mis libros. Escribo sólo porque siento la necesidad de hacerlo. Por ejemplo, el viernes por la noche tuve un sueño y el sábado por la mañana comencé a escribir un poema sobre aquel sueño.

"Yo tengo mis ideas políticas y filosóficas, pero trato que ellas no influyan en mi trabajo. La obra literaria es una especie de sueño que debe ser dejado correr libremente para dirigirlo sólo desde un punto de vista estético, a fin que tenga aquel valor".

P.—"Pero los sueños surgen de nuestra siquis, de aquellos laberintos de los cuales usted muchas veces ha escrito. Los sueños están estrechamente vinculados a nuestros problemas, a nuestra angustia, a nuestras dudas, ¿no?"

R.—"Anoche justamente he soñado laberintos. En verdad, casi todas las noches, últimamente, sueño laberintos. Antes no eran tan frecuentes... Se trata siempre de laberintos distintos, a veces de cristal, a veces simples habitaciones sin puertas, pero, en lo alto, muy arriba, siempre hay una abertura a través de la cual espero poder escapar, y que, en cambio, sólo me hace caer en otra habitación idéntica a la primera... Todo esto... Bueno, es más que natural. Mi situación es muy difícil... Tengo esta preocupación... Mi madre allí, inmóvil en su lecho, sin sentido, y cuando recobra el conocimiento es sólo para sufrir... El sufrimiento moral es terrible, cierto. Pero con fuerza de ánimo se puede superar. En cambio... el dolor físico."

P.—"Volviendo al contenido de sus relatos. A las preguntas que usted siempre plantea."

INTERES EN LA FILOSOFIA

R.—"La filosofía me interesó siempre. Cuando yo era pequeño, mi padre, que era profesor de psicología, me explicaba las paradojas de Zenón de Elea: cada día él y sus amigos discutían sobre

temas metafísicos... Usted me pregunta por qué de mis líneas surgen dudas... Yo estudio de los problemas sin tratar de encontrar soluciones. Es más, espero no encontrarlas. Como decía Quincey: "Descubrir problemas puede ser más importante que descubrir las soluciones".

P.—"Pero la literatura, ¿en alguna manera no contribuye a testimoniar la realidad, a enviar mensajes hacia el futuro, a denunciar problemas y también a hallar soluciones?... En «Utopía de un hombre cansado», usted afirma que las palabras son símbolos que postulan una memoria compartida... ¿no es cierto?"

R.—"Cierto... No se puede hablar del color amarillo a un ciego de nacimiento. El me dijo que, a diferencia de quienes pierden la vista, él no era particularmente infeliz. Sabía de la existencia de un quinto sentido, que permitía «tocar» las cosas a distancia. Le hubiera gustado tenerlo, pero no llegando a imaginarlo siquiera, no podía sufrir su falta... Me decía que él sabía que la noche, el carbón, la tinta, eran negros, que la nieve era blanca y la sangre roja. Pero todo ello no significaba nada. Si lo hubiera entendido, habría sido un acto visual, y él era ciego... Yo en cambio perdí la vista gradualmente, y desde chico sabía que quedaría ciego algún día... como mi padre y mi abuelo... Hoy, apenas, si distingo brumosos colores. La claridad... Pero puedo soñar siempre todo aquello que vi alguna vez... Claro, también mi amigo ciego de Londres soñaba. Pero sólo una sucesión de sonidos, melodías... El estaba casado, tenía hijos y una linda casa. Le pregunté si podía imaginarla y dijo que sí. Sabía orientarse, sabía cómo estaban dispuestas las habitaciones, pero no podía imaginar toda la casa. Yo, aún ciego, desde aquí «veo» mi dormitorio, el de mi madre, esta habitación, la cocina... El, en cambio, debía imaginarse una cosa a la vez porque había sentido todo en tiempos sucesivos. Pasando la mano sobre una superficie plana, sabía que era la mesa. Tocando una superficie convexa, sabía que era una taza... Pero no podía imaginar a un mismo tiempo todas estas cosas..."

P.—"«Si pudiésemos realmente ver el universo lo entenderíamos» dice uno de los personajes de su último libro. Ahora quizá está anticipando un relato que espera escribir. Me parece estar escuchando una de sus metáforas... ¿Es posible?"

R.—"Pensándolo bien, podría aprovechar para escribir un cuento. El ciego representaría un poco la metáfora del hombre y del universo. Claro... habría que hallar una forma narrativa. Últimamente tengo mucho tiempo para dedicar a mi imaginación, porque trabajo poco. A significar lo contrario. El sin color, claro... ¿qué raro ¿no?"

Borges quedó pensativo y dejó flotando en el ambiente una pregunta no formulada, sobre el significado de sus últimas palabras. Quizá estamos frente a una nueva paradoja, tan caras al septuagenario escritor argentino.

(Continuará)

(Segunda de Tres Partes)

La Eterna Duda Sobre los Valores Existenciales ★ El Soñador Soñado ★ Ausencia de la Mujer en las Obras del Argentino

Por GIANGIACOMO FOA

BUENOS AIRES, Julio de 1975.—Una constante en la obra de Borges es la presencia de la duda sobre los valores existenciales. La conversación con él sólo profundiza esa presencia. En todo caso, el autor no traiciona aquí a sus personajes. Aunque suela negarlo, al respecto dice: "Yo, ante todo, al escribir un libro, intento no hacer una obra tediosa y espero haber logrado eso al finalizar... Una lectura interesante que no se lea como lectura obligatoria, como un deber".

P— Pero usted, por ejemplo, llega a decir que el género humano sería el órgano de la divinidad para tener conciencia del universo... Y esto va más allá de un "estilo"...

R— "Sí... Pero ese esencial. Es una idea de muchos filósofos... Somos animales en un mundo momentáneo. El mundo vive por nosotros, o pese a nosotros..."

P— Un poco quizá, como la paradoja de "Las Nueve Monedas". Y luego encontradas en la incógnita acerca de su recuperación ¿o no?... Porque bien podrían ser otras las nueve monedas halladas. ¿no?

R— "Sí, es así. Ese cuento, recuerdo, me gustó mucho cuando lo escribí, pero me costó trabajo... Fue una inspiración bastante lenta. Tardé más de una semana en escribirlo. Yo no soy Balzac, ni Walter Scott. Yo no sé escribir un libro en una noche... Un cuento que he escrito inspirado, sintiéndome arrebatado por él, es el que se llama "Las Ruinas Circulares"... Sucede en un país asiático o vagamente asiático, y un hombre resuelve soñar a otro hombre poco a poco. Empieza por el Coruzco, pero sucede que él a su vez, ha soñado por otro hombre, de modo que el sueño de él es un sueño a la enésima potencia, porque supone un número infinito de soñados hacia atrás y hacia adelante... Este es un cuento que escribí como arrebatado. Pero por lo general tengo bastante dificultad para escribir... Y ahora podrán decir que ese "hombre soñado a la enésima potencia" es una metáfora del universo. Pero yo no pensé en eso. Yo pensé en un soñador soñado... Lo escribí hace muchos años en un estilo demasiado barroco, me parece. Ahora tiendo a un estilo más sencillo..."

"No sé si lo logro... Aquí, en el año 20 o más, todos escribíamos con influencia barroca. Y recuerdo a Momigliano, un crítico italiano, quien afirmaba que D'Annunzio tiene un defecto capital y es que cada página suya es una página de antología. Y no se puede escribir un libro así... No páginas de antología, sino líneas de antología... Porque si cada adjetivo sorprende, si cada imagen sorprende, el conjunto es insoportable, tedioso..."

Falta la Mujer

P— Pasando a otro tema: en sus libros no suele encontrarse personajes protagónicos femeninos... ¿A qué se debe?

R— "Vea, yo tengo la impresión de que

las mujeres son tan distintas... No sé hasta qué punto uno puede pensar como una mujer... Hay una diferencia sutil quizá... No sé... Aunque no fuera en primera persona, yo no podría escribir un cuento desde el punto de vista de una mujer... Ese es mi caso, porque ha habido escritores que pudieron hacerlo... Es evidente que Dante entendió a Francesca..."

P— Otra característica de su relato, creo, radica en las pocas palabras que le morir...

R— "Así es... En "La Intrusa", un hombre mata a una mujer. Pero yo no digo si la estranguló —creo que la estranguló— o si la mató de una puñalada. De todos modos, no describo la escena. Pienso que así la imaginación adquiere más fuerza... Tiene más fuerza siempre lo que sugiere... Yo, por supuesto, nunca me "recreo en la muerte". Por eso no me gustan las novelas policíacas norteamericanas, con exceso de relato de actos de violencia... Prefiero las inglesas, donde si hay violencia no se refleja".

P— Usted escribió varias novelas policíacas e incluso fundó una exitosa colección... ¿Cómo se dedicó a esa vena?

R— "En aquellos años (fines de la década del 30)... como hoy también, por otra parte, se exaltaba todo lo que era caótico. El libro debía ser amorfo, se despreciaba el argumento; el poema consistía en palabras inconexas... La novela policíaca entonces estaba salvando algo importante: la idea clásica del orden... En este tipo de relato todo hecho debía ser útil al argumento... Yo escribí varios cuentos policíacos en colaboración con Adolfo Bioy Cáceres, quien me convenció, en la práctica de que era posible escribir en pareja... Juntos también fundamos la colección "El Séptimo Círculo", que aún sigue editando títulos... Actualmente estoy un poco harto de tanto leer policíacas... Al fin y al cabo como no hay tantos argumentos posibles, y como decía Stevenson, el lector suele ser siempre mucho más inteligente que el autor y llega a cansarse... Y con sólo leer el nombre del autor ya está describiendo los libros... Por ejemplo, yo leí mucho a Chesterton, un gran escritor... Pero en sus novelas policíacas, cuando hay un personaje que representa al sentido común, que se ríe de todo lo extraño... Bueno, uno ya sabe que ese es el criminal... en cambio si hay un místico, uno ya sabe que no puede ser".

Para Borges hoy ya no hay enigmas "policíacos"...

"No hay otro enigma que el tiempo, esa infinita urdimbre del ayer, del hoy y del mañana, del siempre, del nunca: "There are more things". Uno de los relatos del "Libro de Arenas". Pero también primera línea de Hamlet, acto primero, escena cinco: "Hay más cosas en cielo y tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía".

(Concluirá)

Entrevista con Jorge Luis Borges

(Última de Tres Partes)

Alaridos de la Anciana en su Recámara ★ El Comunista Torturado
★ Catolicismo y Protestantismo ★ El Mito del Tango

Por GIANGIACOMO FOA

BUENOS AIRES, julio de 1975.—“Aceptaba esas fealdades como se aceptan esas cosas incompatibles que sólo por razón de coexistir llevan el nombre de universo”. El que habla es un personaje de Borges. El escritor, entre tanto, vive el constante desasosiego provocado por la enfermedad de su madre centenaria... Nuestra charla se interrumpe varias veces por los alaridos que escapan del dormitorio de la anciana... Borges evidentemente trata de no pensar, y acepta el desayuno que le acerca la mucama... Cereales secos y luego una tasa de cacao... servido sobre un mantelillo individual dibujado con la bandera inglesa y un soldado de la reina.

El Dolor Insoportable

EL dolor físico —cuenta Borges— es insoportable. (“La Abominación Tiene Muchas Formas”)... Y tras un paréntesis prosigue: “Un amigo mío que hace muchos años fue torturado por la policía peronista, me contó que, de no haberse desmayado, habría terminado por delatar a todos sus compañeros... Era un comunista grandote. Pero el dolor no se soporta... Y cuando recuerdo estos hechos tengo la impresión de que el país se está desintegrando moralmente... además de económicamente. Hamlet decía: “Hay algo que huele a podrido en Dinamarca”.... Y estos días yo me siento danés... Creo también que una de las causas de nuestros males se puede encontrar en el catolicismo... Yo soy ateo, pero pienso que, por ejemplo, mientras el protestantismo basa su acción sobre todo en la ética, el catolicismo insiste en los ritos, ceremonias, jerarquías y pompas eclesiásticas... para terminar en el perdón de la confesión... Esa es la idea que se encuentra en todas las novelas de Graham Green; del pecador que se arrepiente a último momento... A mí no me convence... Lo importante, creo, es aquello que uno hace durante toda la vida... “La diferencia entre catolicismo y protestantismo quizá determinó la diferencia entre Latinoamérica y Estados Unidos”.

P.—Ya que mencionó usted a Latinoamérica, creo que no es posible compendiarla en sólo un bloque, al menos en muchos aspectos... Uno, por ejemplo, el de la mitología... Muchos pueblos latinoamericanos tienen auténtica mitología... Aquí, en la Argentina, ¿cree usted que existen también mitos, o supone algo así como una búsqueda formada de ellos?

Perón, el Tango y el Indio

R.—Es cierto... Si bien Perón se convirtió en mito sólo después de muerto —en vida hasta sus mismos partidarios discutían muchos aspectos— aquí hemos conocido cosas como el tango, que no tienen importancia alguna, pero

que fueron elevadas a una categoría casi metafísica. Tomemos al gaucho, por ejemplo. Era considerado una persona grosera, ruda... lo que los ingleses llaman “rough” o los alemanes “rauch”... El gaucho era un ignorante, pendenciero; yo los he conocido de chico y no tenían nada de particular... Pero ahora que el gaucho casi ha desaparecido le levantan monumentos. Mientras, en cambio, no hay monumentos al albañil o al carpintero. Y lo peor del caso es que no mistificamos a la gran mayoría de los gauchos, sino a aquellos pocos gauchos rebeldes que las circunstancias convirtieron en asesinos, borrachos... el gaucho malévo. El “Martín Fierro”, una obra admirable estéticamente, pero que presenta un caso excepcional, el de un gaucho desertor que se pasa a los indios y llega a pelear contra su patria... El mito quiere un gaucho excelente, caballeresco, fantástico jinete. En cambio, los gauchos usaban espuelas, rebenque... Sólo los indios, o sea los enemigos de los gauchos, eran excelentes jinetes, eran compañeros de los animales, con los que crecían juntos y a los cuales jamás domaban... Jamás le pegaban al caballo... Bueno, el de los “indios” también es otro falso mito que surgió cuando casi ya han desaparecido y no pueden ser problema... En Uruguay, en cambio, el indio es un mito en toda su dimensión... porque allí, claro, el indio ya ha desaparecido totalmente... En Uruguay el general Rivera tenía a sus órdenes 300 indios de la tribu “Charrúa”. El general Rivera quería que Uruguay fuera tierra de hombres blancos y al finalizar su campaña invitó a los indios que formaban parte de sus tropas, a comer un asado... Puesto que los indios se emborrachaban y buscaban pelea, el general Rivera les pidió que acudieran desarmados... Durante el día se comió carne asada y se bebió vino en abundancia. Al atardecer, Rivera, cuando vio que estaban bien borrachos los indios, hizo una señal a sus soldados y éstos degollaron a los 300... Uno de ellos murió con estas palabras muy patéticas: “Cristiano matando amigo”... Usaban el gerundio, pobres. Ahora, por supuesto, tenemos estatuas y poemas al indio Charrúa...

P.—¿Es posible que esta “mania” por los mitos forme parte de lo que usted afirma, a través de un personaje en su último libro “Las Imágenes y Aquello que se Publica, son más Reales que las Cosas Mismas”?

R.—Sí, es verdad. Aquí en Argentina los gobiernos últimamente han exagerado queriendo crear a toda costa una “imagen del país”. Y a fin de cuentas, ¿qué es una imagen? Aquello que piensan de nosotros los demás. Y no termino de comprender cómo los nacionalistas xenófobos pueden preocuparse de lo que piensan de nosotros en el exterior... Pero este es un mal común a todos los países latinoamericanos...

SIGUE EN LA PAG. QUINCE

Recuerdo que cuando leí "La Estética", de Croce, me pareció que tenía razón al decir que la literatura es expresión. Pero esa definición a uno no lo ayuda a escribir nada... Aquello era más o menos desconocido hasta que me dieron ese premio en Mallorca. Y cuando se supo que habían traducido mis libros al francés, dejé de ser el hombre invisible de Wells y empezaron a verme... Bueno, eso pasó con el tango también. El tango se bailaba en los prostibulos, y la gente se negaba a bailarlo porque era una danza de lupanar... Después se supo que lo bailaban en París y el pueblo argentino, que es muy "snob", resolvió adoptarlo como una expresión del alma de Buenos Aires. Cosa que nadie había pensado antes, porque era un baile prostibulario... Pero basta con que algo llame la atención en Europa para que empiece a ser real aquí. Mientras eso no ocurre... aquí se ignora. "Aceptaba esas fealdades como se aceptan esas cosas incompatibles, que sólo por razón de coexistir, llevan el nombre de universo". Otra

vez recordaba esas líneas de "El Libro de Arena".

La entrevista llegó a su fin. Me alejé del "universo" borgesiano: los gritos de la madre, una tasa de cacao caliente, un vaso de agua, un plato con cereales secos, libros, muchos libros, en su mayoría "venidos de Europa"; una sirvienta provinciana...

Muchos porteños están recorriendo la calle Maipú. Alguno quizá preguntándose si Borges es "antiargentino", como llegó a decirse... La respuesta puede estar en la misma pregunta, en la misma calle con reminiscencias de París... en la ciudad donde lo indoamericano es un "souvenir" turístico... o en Borges... Porque donde Miguel de Unamuno no tenía razón al decir que sólo los españoles pueden hablar tan mal de su patria y amarla tanto... también los argentinos pueden hacerlo...

Un universo que Borges ya no ve sino que sólo recuerda, mientras que para ayudar a la memoria va tanteando sillas y muebles.